

COSQUILLAS

LAS OTOÑALES, por Demetrio.

*Todas las otoñales guapas dicen lo mismo cuando trata uno de "registrarlas":
—¡Vamos, quita, si yo soy una vieja!...*



Demetrio

30
CÉNTIMOS



lor que no llenan más misión que la de ilustrar estas líneas de bienvenida al César de los fotógrafos.

¡Y que no se me van a ocurrir guacanadas con las fotos de Walken!

Vuestro, hasta más allá del valle de doña Pepa,

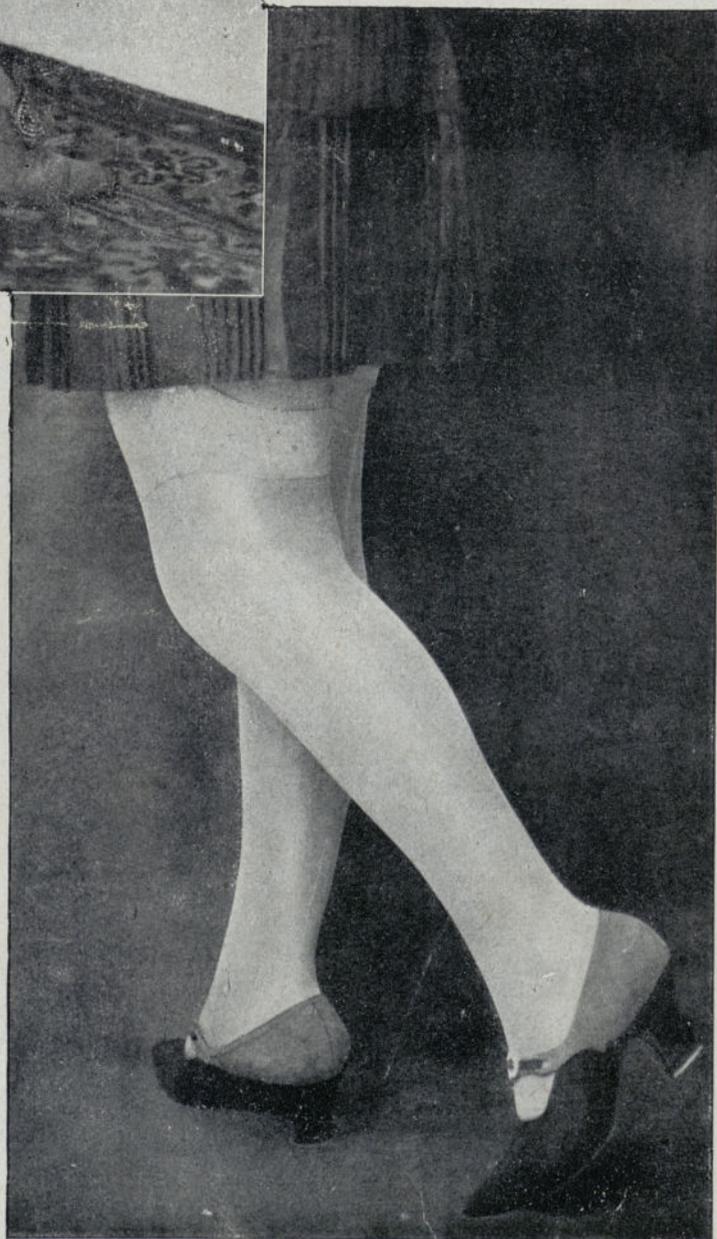
INCORDIEZ.

Album de belleza

¡Albricias, señores!

El gran artista Walken, el fotógrafo de la belleza, que es a quien debo mi popularidad, nos honra otra vez con su valiosa ayuda. Estamos de enhorabuena. El artista insuperable nos hace la merced de dedicarnos unas horas a la semana para embellecimiento de COSQUILLAS.

Yo me he feriado un magnífico traje, una corbata de rombos y unos zapatos de charol para entrar dignamente y con ropa nueva en el lujoso estudio de mi entrañable y admirado amigo Walken, a quien tanto debo. Estas fotos son muestras sin va-



R74796

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:
CENTRAL ADMINISTRADORA

DE
PUBLICACIONES Y EDICIONES
Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.
Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año I

Madrid, 2 de octubre de 1926

Núm. 1



Cortesía obligada

Señoras y señores: Sería en mí imperdonable desatención el no saludarles en esta mi primera salida al dilatado campo de los que dejaron de ser *cola de león* para convertirse en *cabeza de ratón*. Me he convertido en propietario del periódico en donde voy a trabajar; en exigente empresario de mi misma labor al par que fiel y respetuoso administrador del trabajo de todos los que me honran con su valiosa colaboración. Mis compañeros y yo hemos nombrado director de COSQUILLAS al regocijante Incórdiez, el cual, y a cambio de que nunca haga yo conocer al público su verdadero nombre, nos ha prometido solemnemente inventar las más regocijadas cosas para divertir a nuestros favorecedores. Incórdiez me hace el encargo de que le presente a ustedes como director. Está loco de contento y, con una disculpable vanidad, dice que es el primer payaso pobre que llega a director de periódico. Yo, por mi parte, no trato de discutir su afirmación. Incórdiez se equivoca pocas veces.

Lo espera todo de vuestra generosidad,

DEMETRIO.

También espero que sepan disculpar los muchos defectos de estos primeros números, defectos que se subsanarán cumplidamente en lo sucesivo.—D.

¡Ya soy director!

¡Quién me lo había de decir! Cuando yo era dependiente de una herboristería y no alcanzaba a resolver más problemas que despachar diez céntimos de culantri-

llo, y no alcanzaba a ningún estante por mi excesiva pequeñez, ¿quién me había de decir que yo iba a dirigir un periódico?

Y, sin embargo, aquí estoy, dictando órdenes a los redactores y poniéndome a la de los lectores de COSQUILLAS. Pero... no es ni cuproniquel todo lo que reluce. Yo he nacido para obedecer y no para mandar. Al segundo día de mi nombramiento, y después de veinticuatro horas de conservar las distancias con los redactores, yo mismo las acorté por impulso natural, y... lo que tenía que ocurrir: uno de ellos me mandó por una cajetilla de cincuenta y otro me dijo que se había citado con una segunda tiple guapísima, y que hiciera el favor de acudir al lugar de la cita con una palmatoria..., ¡y fuí!

Vuestro hasta la última payasada,
INCORDIEZ

Este número ha sido revisado por la censura.



Biblioteca Regional de Madrid



Explota la vanidad de tu enemigo y le harás esclavo de tu antojo. Hay hombres tan presumidos, que les dices: "No voy por tu casa porque tu mujer no me recibe bien", y ellos contestan, picados en su amor propio: "Será porque tú no te sabes colocar."

A las mujeres, a ninguna debes pedir que te otorgue un favor.

Cuando comprendas que no le eres desagradable a una mujer, aproxímate a ella con las disculpas de quitarle una hilito de entre los cabellos, de mirar de cerca el tenue bozo que la hace graciosamente higotuda o para sopesar su collar de los chinos. Y cuando más complacida esté hablando contigo de esas cosas, pártete la boca de un beso. Si no te sale todo como te lo digo, me dejo la trenza.

Si eres enemigo de la violencia y te espanta la idea de tomarte unos directos con el que te ha ofendido, dile con el más humilde acento de resignación cristiana: "Yo no me pego con usted porque todos somos hermanos. Usted y yo somos hermanos del mismo padre: del mío."

Y ya le has dicho bastante.

Carta abierta

Señor Incórdiez.

Mi dilecto amigo (ahora decimos dilecto): Recibo su amable carta invitándome a colaborar en COSQUILLAS, y ni que decir tiene que acepto muy gustoso.

Malos tiempos son éstos para intentar sátiras y diatribas; pero, en fin, se hará lo que se pueda, lo que "el tiempo y la autoridad" nos permita. El tiempo parece que se va arreglando; pero...

Aún no he elegido título para la sección. He pensado varios: *Arrea, que vas por hilo, Ensayos, Pa qué te voy a engañar, Adiós, muy buenas, Glosas epiquinócticas...*; pero ninguno me satisface. Seguiré pensando, y ya veremos si acierto con uno que esté entre la llana espontaneidad de *Adiós, muy buenas* o *Pa qué te voy a engañar* y el selecto y aristocrático intelectualismo de *Ensayos* o *Glosas epiquinócticas*.



UNO.—Son preciosos estos niños.
 ELLA.—Gracias, caballero; son mellizos.
 EL OTRO.—¿Y son del mismo padre?

Biblioteca Regional de Madrid.

Y, a falta de otra cosa, querido Incórdiez, me voy a permitir, aunque usted no los necesita, darle algunos consejos para su periódico:

1.º No se le ocurra a usted admitir, ni con dinero encima, un solo dibujo de Ricardo Marín, ese Gómez de la Serna de los dibujantes, que es capaz de lamerle los faldones—claro está que esto de los faldones es un eufemismo—a quien le dé un cuproniquel, y que además parece que hace todos sus dibujos en el vagón restaurante del sudexpreso. ¿Ha visto usted la de rayas inútiles que hay en un dibujo de Marín? Tira al blanco con perdigones, y ni aun así logra meter ni uno en el blanco: se quedan todos por los alrededores.

2.º De Gómez de la Serna nada le digo, pues supongo que se habrá precipitado usted a contratarle, al precio que sea, una contraexclusiva, es decir, el privilegio de que sea en COSQUILLAS en el único periódico que no escriba.

3.º ¡Mucho ojo con los... "imitadores de estrellas", que hay señores de esos que se figuran—no sé por qué—que todo periódico donde se rinde culto a la belleza femenina es un portillo abierto para sus... cosas!

Ya verá usted, amigo Incórdiez, cómo tiene que echar con cajas destempladas a más de uno.

4.º Si recibe usted una colaboración espontánea firmada *Piripitipi*, sepa que es del reverendo Padre Ramiro; y puede tirarla al cesto sin leerla, en la seguridad de que es impublicable por demasiado verde.

5.º No descuide la sección de cultos, sobre todo las novenas.

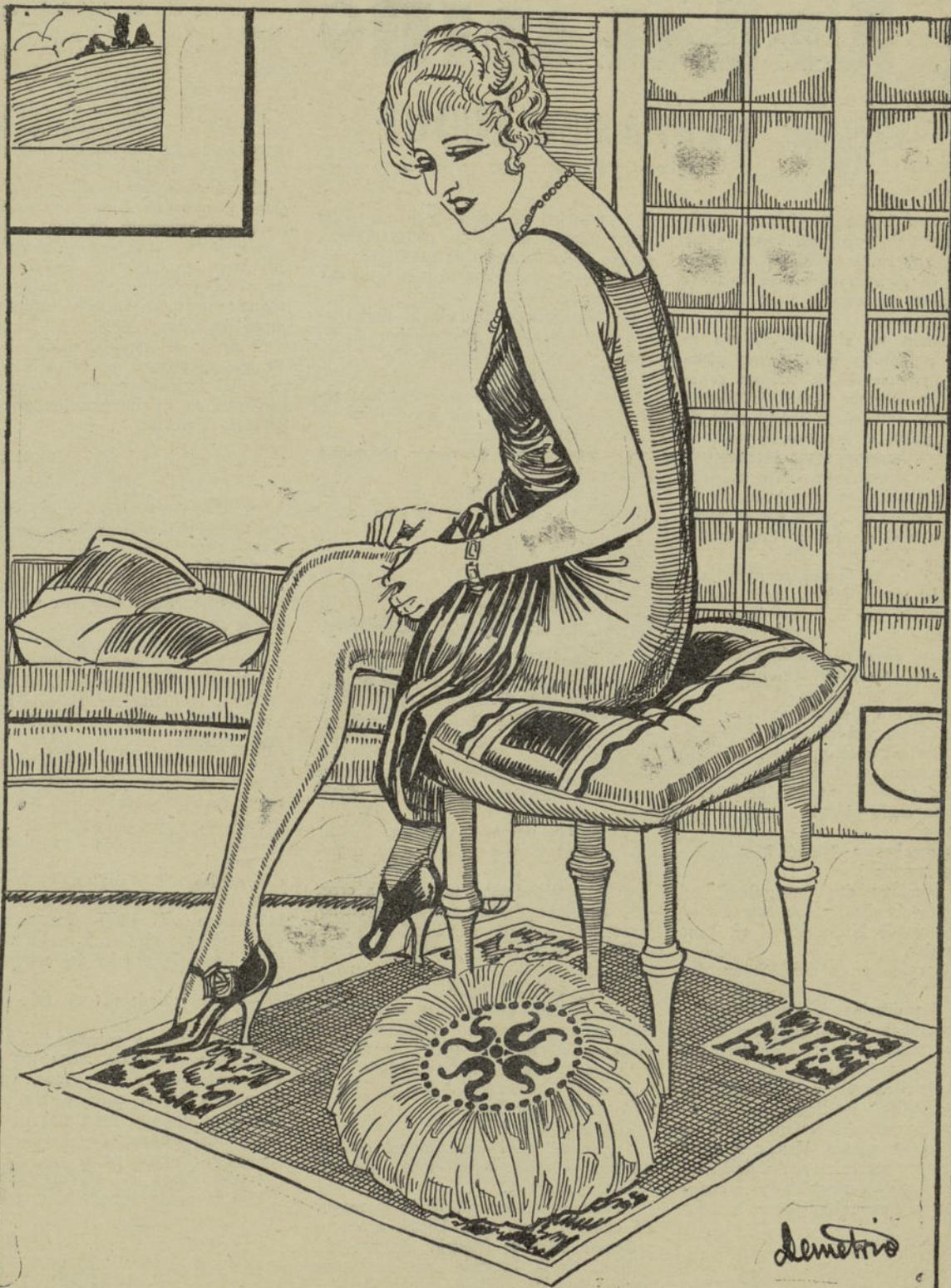
6.º No deje de encargar el consultorio femenino al Sr. Mingujón. ¿Quién más indicado?

En fin, querido Incórdiez, usted no necesita consejos de nadie en estas lides; pero la cuestión es pasar el rato.

Le desea toda suerte de venturas y prosperidades su devoto amigo

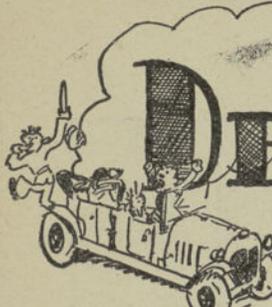
MARIANO BENLLIURE Y TUERO.

¡Rediez, qué almanaque estamos preparando!



—Estas medias que compré últimamente son de lo peor; no aguantan más de una postura... Así me dice ése que tengo poco repertorio.

Dib. de Demetrio.



DE LAPADILLO

POR
FERNANDO LUQUE
MONOS DE BELLÓN

Como tengo el gusto de vivir en el país de la martingala y soy aficionado a las damiselas, en cuanto reuní, por milagro del arte de Aristófanos, unos cuantos cuproníqueles, me compré un automóvil de segunda mano.

Me constaba que el automóvil era un espejuelo magnífico para atraer alondras, y como además de que me constaba ésto me costaba barato, lo adquirí con el mismo entusiasmo que un cabo de húsares adquiere el precioso librito titulado: "Para hacerse amar locamente".

Era un "Citröen" de cuatro plazoletas, que, a juzgar por el número de la matrícula, estaba corriendo por el mundo desde que el emperador Constantino trazó la vía Apia.

Después de todo, lo que yo necesitaba era un coche muy corrido..., para que no se avergonzase en las excursiones que proyectaba.

Porque mi objetivo era la excursión por carretera, con jovencitas incautas o también de *segunda mano*.

La cuestión era juerguearse.

Apenas había aprendido a conducir, una mañana entró en mi casa, todo alborozado, cierto amigo mío: un muchacho más *pira* que un montón de leña.

—¡Ya ha caído pieza!

—¿Si?

—¡Dos muchachas "jamón", chico!

—¿Dos jamonas?

—No, hombre; dos "guayabos" de buena familia, ¿sabes?... Las conocí ayer en el Palacio de Hielo. En el té. Han caído las dos.

—¿Han caído en el té? Serán dos moscas.

—Son dos dibujos de Demetrio. Están dispuestas a ir con nosotros en el auto esta tarde, ¿sabes?... Primero tenemos que ir a Gijón...

—Será en el expreso de Asturias, porque mi "Citröen" no llega.

—Me refiero al café de Gijón; allí las he citado a las cuatro. Vamos a recogerlas, tiramos por la carretera de Francia, que está poco concurrida, y en cuanto atisbemos unos alrededores frondosos...

—Parada y fronda.

—Eso es.

—¡Al garaje!

—¡Al garaje!

—¡Viva el motor de explosión!

—¡Viva!!

A las tres en punto mi amigo se presentó en el garaje hecho un brazo de mar. Más aún: el delta del Nilo.

Yo también me había vestido de pollo pera; mejor dicho, de pollo plátano, porque lucía un terno de gabardina verde claro, que recordaba la banana al primer vistazo.

Con la emoción pintada al pastel en nuestros semblantes nos subimos al coche.

—¡Ea! En marcha.

Metí el pie al arranque eléctrico; pero el coche lo único que arrancó fué un terno a mi compañero. Un terno más verde que el mío. El motor no quería ponerse en marcha.

Descendimos. Hicimos un reconocimiento, y mi amigo, que es algo mecá-



nico (lo que no quiere decir que ande dándosele cuerda), exclamó con gesto triste:

—Hay que purgar las bujías.

—¿Purgarlas?—pregunté muy asombrado.

—Sí, hombre; pero no vayas a creer que hay que darlas aceite de ricino. Tráete un poco de gasolina.

Purgé las bujías, y gracias al efecto del purgante llegamos a las cuatro y media al café de Gijón.

Allí estaban ya nuestras compañeras de excursión. Eran, en efecto, dos preciosas criaturas, que, llenas de delicioso candor, nos habían aguardado consumiendo ingenuamente dos cafés con ocho suizos por barbilla.

¡La república helvética!

—¿Vamos allá?—les indiqué con un ademán y una sonrisa dignos del caballero Casanova.

—Vamos—repuso sonriendo la mayor de ellas—; pero, ¡por Dios!, a ver si podemos salir de Madrid rápidamente, ¿eh?... Sería horrible que nos viese algún conocido. ¡Usted comprenderá!...

—Todo comprendido o "tout compris", que dicen en los hoteles de Francia. Saldremos como flechas, discreta dama.

—¡Flechador!

Ya en la puerta del café, cuando yo, induciendo a mi hermosa por la cim-

sentía transportado al paraíso... del cine Argüelles, oí soltar a mi noble amigo esta frase caballeresca:

—¡Maldita sea el queso!

—¿Qué ocurre?

—Que se nos ha desinflado un neumático.

En efecto, el coche estaba tullido y como cojo al borde del encintado.

—Otra vez al café, niñas.

—Las "niñas" hubieron de volver a tomar asiento... y dos cafés más con su correspondiente nutrida guardia de suizos. ¡Para nutridas, ellas!

Mi amigo y un servidor sacamos el gato, tiramos de bomba y pusimos la rueda que reventaba de aire.

Entusiastas y jadeantes, como Leandro luego de cruzar el Helesponto por su novia, entramos en el café, y para reparar nuestras fuerzas pedimos dos copas de coñac.

El ardor del líquido, unido al incendio que se declaró en mi pecho al roce de aquel fragante cuerpo femenino, engendraba en mi imaginación un volcán de ideas ilusorias.

Me veía ya a la altura de Colmenar Viejo, a la sombra de discretos majuelos, entregado a goces epicúreos.

La impaciencia empezó a devorarme con verdadera voracidad.

—¿Vamos allá?—indiqué como antes.

—Vamos.

Salimos a la puerta, y...

El coche estaba otra vez vencido sobre la misma rueda.

—¡Se ha vuelto a desinflar!

Nos miramos con angustia.

—Pues esto es que hay pinchazo.

—Sí... Eso debe ser. Saca el gato.

—¡Ah! ¿Traéis un gato?—dijo la más pequeña.

—No, guapa...; es de hierro, para levantar el coche. Tenemos que levantar el coche, ¿sabes?

—Sí, sí.

—Bueno, pues... ¡otra vez al café, hijas mías!

Eran las seis y cuarto.

A las ocho y veinte habíamos inflado la cámara seis veces, desmontando la rueda otras tantas, reforzado tres parches, hecho la prueba del cubo... ¡Nada!...

—Es que pierde por el obús—declaró mi amigo.

—¡Así estalle y volemós todos!

Tiznados de grasa hasta los cartílagos, sudorosos y arrugados, entramos de nuevo en el café, donde nuestras amiguitas habían consumido hasta la sangre del camarero.

—¿Qué? ¿Está ya?

—¡Eso deseo yo! ¡Que estalle!

Con la rueda desinflada, qued le daba



al coche un aire romanonista, empezamos a subir la pendiente de la Gran Vía.

Era tarde, y habíamos decidido ir al Pardo nada más.

—¡Por Dios!—exclamó la mayor—. ¡A ver si pasamos por aquí rápidamente y desapercibidos!

Metí la segunda velocidad, y el maldito motor empezó a rugir con un estrépito de cacharrería durante un terremoto, tan alarmante, que la gente se asomaba a los cafés y se paraba en las aceras para mirarnos.

Aquello era una publicidad no soñada ni por Los Tiroleses.

—¡Por Dios!... ¡No meta ruido! ¡Por Dios! ¡O vamos por otro sitio!

—¿Por dónde?

—¡Por amor de Dios!

—¿Por Amor de Dios, al Pardo?

—Por amor de Dios se lo pido.

—¡Ah, ya!

—Da la vuelta y tira cuesta abajo—me indicó mi amigote.



Así lo hice. El motor dejó de rugir y renació la calma en nuestros corazones.

Pero al desembocar en la calle de Alcalá sonó el timbre de detención; quise parar, y advertí que el freno no obedecía.

El coche siguió, atropellando las ordenanzas municipales.

Tres guardias rompieron a pitar furiosamente.

—¡Para! ¡Para!—me gritaba mi amigo—. ¡Que te están pitando!

—¡Como si me dan un pateo! ¡El freno no funciona!

—¡Da marcha atrás!

Metí la marcha atrás, y nuestro auto, dando un respingo, comenzó a andar de espaldas, con gran asombro de los transeúntes.

Y como yo la marcha atrás en un volante la domino menos que la "Marcha de Cádiz" en un xilofón, fuimos a parar contra un puesto de periódicos.

El aire se llenó de gritos de horror y de "Voces" del quiosco.

Seis segundos después estábamos rodeados de unas dos mil trescientas setenta y cinco personas.

El incógnito más riguroso.

FERNANDO LUQUE

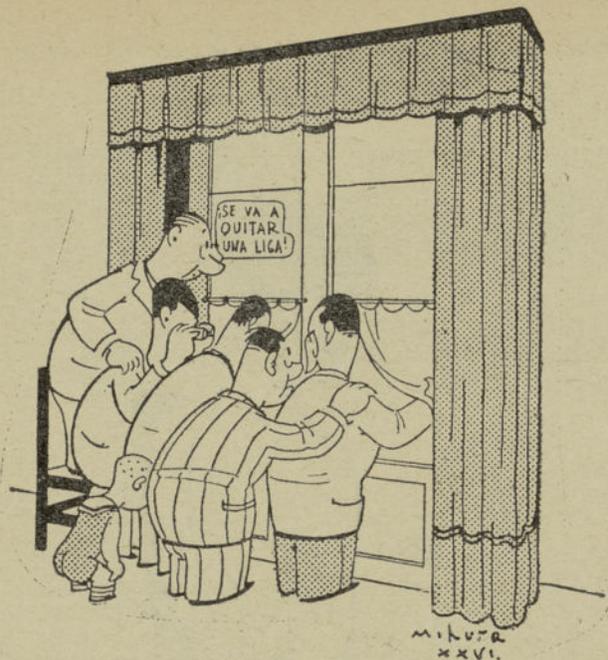
¿Hemos dicho que muy pronto verán la luz las "Memorias de Incórdiez"? ¿Que sí? ¡Bueno!



LITERATURA MODERNA, por Picó.

—Otra novela en que la protagonista acaba por serle fiel a su marido después de cinco años de adulterio. ¡Decididamente vamos llegando a la perfección!

Muy pronto verán la luz las
"Memorias de Incórdiez".



L a s v i s t a s

La gente es de una memez que molesta. Hay por ahí cada individuo que se hace unas ilusiones que le desnutren. Y al decir que se hace ilusiones, no me refiero a otra cosa.

Un servidor tiene un amigo con una fantasía, que la desarrolla en la confección de un chaleco, saca patente y se hace adinerado.

La otra tarde me lo encuentro; le pregunto la causa de su descoloro exagerado, me guiña el ojo izquierdo, me apoya una mano en la solapa y me dice con voz baja y metida en carnes:

—He descubierto una cosa desde el balcón de mi casa, que, chico, tienes que ir a verla. Es un sopor. Ya verás cómo vas y te quedas aprisionado para siempre en sus hilos.

—¿Es que hay alguna telaraña?

—Lo que hay es un espectáculo, que si eres voluptuoso de nacimiento ya verás cómo te atrae lo mismo que atraen las *Osrám* a los mosquitos.

—Bueno, Pepe, déjate de metáforas bombillicas y nárrame el asunto, que estoy ya que ardo en curiosidad.

Mi amigo Pepe me quita la mano de la solapa, me agarra con la susodicha el botón superior de la cazadora y me dice luego en tono confidencial:

—Esta tarde te vas a casa a las siete y podrás saciarla. Se trata de una joven decente, a la que vemos todos los atardeceres en el traje en que deambulaba por el Paraíso nuestra madre Eva, solamente que sin la hoja.

Y sin decirme una palabra más, se larga calle arriba con paso inseguro, y más torcido que los palotes de un párvulo.

Ustedes se pueden figurar en el estado que me dejó, porque uno no es de pederal ni de granito, aunque en primavera me salgan algunos, y, como es natural, a mí me dicen que desde cualquier lugar se puede ver una señora en pantalones solamente, y no digo subir al cuarto

piso de un conocido, un servidor sube a la Giralda doce veces y aun le quedan ánimos para jugar un partido de billar con un tío mío, que es muy aficionado a los tacos, y digo que es aficionado a los tacos, porque suelta cada vocablo que ruboriza a las jamonas más experimentadas.

Pero cuando fui a casa de Pepe pude ver con infinita pena que si la imaginación que derrochan algunos en cosas superfluas las utilizasen en cosas más prácticas, a estas horas se habría inventado la manera de sonarse sin meter ruido.

En el balcón aludido estaban al llegar yo dos amigos más con una cara de ansiedad indescriptible, el uno, y con unos prismáticos de capitán de navío, el otro. Además, también zascandileaba entre nuestras piernas un niño de unos tres años, al que mi amigo Pepe no hacía más que darle patadas en la barriga para que ahuecase de la estancia.

Los allí reunidos me brindaron un lugar, desde donde podía ver un balcón entreabierto en la casa de enfrente y tras él una joven de una fealdad de natural de la Polinesia, y además ataviada con un vestido decentísimo, que solamente nos permitía ver los tobillos huesudos y algo del escote recatado.

—¡Ya, ya está ahí!—decía uno.

—Bueno, oye: tú me dijiste que iba a ver una gachí en paños pequeñísimos, y esa tía lleva más ropa que una lavandera en domingo.

—No te apures, que ahora se la va a quitar. Dentro de nada empezará a vestirse el traje de calle para salir.

La joven se estaba mirando en el espejo de un armario, y al cabo de media hora larga de contemplarse idiotamente, se echó mano al cinturón del vestido, como si fuese a despojarse de él; pero cuando ya nos la prometíamos muy felices, dió media vuelta y desapareció de nuestro radio visual.

Los concurrentes lanzamos juramentos violentos y nos lamentamos muy seriamente de este percance.

Volvió a aparecer la muchacha, esta vez ya con una combinación malva, y la respiración en todos se hizo agitada, y había individuo que apoyaba una mano en cualquier sitio, y de nervioso que estaba empezaba a trepidar el objeto, como por si la calzada pasase un autobús en primera. Otro decía: “¡Ahora, ahora!”, y otro: “¡Ya no puedo más!”.

Y no les sigo contando a ustedes detalle por detalle, porque al rato pude comprender que mi amigo y los concurrentes a aquel entretenimiento eran de un optimismo que daba gusto.

Cuando la señora aparecía en combinación, se figuraban que la habían visto quitarse el vestido con una claridad de mediodía en una terraza. Cuando aparecía con medias también se figuraban que la habían visto levantarse las faldas, estirarse el sedero tejido y, luciendo una pantorrilla bien formada, ponerse una liga, que era una perfección de coquetería. Y entonces exclamaban satisfechos: “Nos estamos hinchando”.

Pero esto era pura fantasía. En estas cosas la imaginación es el factor principal, y el que, como este cura, carece de ella, ve una señora, que es seguro que se va a quitar, pero en otra parte, algo de ropa, y como si viese jugar a la rana a dos panaderos alicantinos.

Pero otros, en cambio, la gozan de una manera, que para ellos no hay cine ni teatro, ni lugares de espereamiento y de placer. Ellos ven por una rendija una joven cosiendo ropa, y por el mero hecho de estar sola y en su acoba, se figuran unas cosas, que empiezan a desmejorarse de tal forma, que asustan muy seriamente a sus familiares.

Y es que yo no sé adónde vamos a ir a parar. Los hombres de hoy estamos de una manera, que vemos a una dama, adolescente u otoñal, guapa u horrorosa, y nos tiramos al suelo de placer.

Y esto no pasa más que aquí, porque en otros países, según tengo entendido, ven a una dama que les solaza, y no se tiran a las baldosas ni mucho menos; lo que hacen es dirigirse a un establecimiento próximo, adquirir media docena de sobrecitos en los que se lee: “Irrompibles y placenteros. Lo mejor para la cabeza”, como si aquello fuese un remedio para las neuralgias, y, cogiendo a la señora por una cadera la dicen amorosos:

—Te voy a dar un beso en una muela, que, en unión de otros trucos amorosos que he inventado, vas a dar patadas a los colchones de satisfacción.

Y la señora dice que sí encantada, y además le regala unos tirantes.

Y estas costumbres no tardarán en llegar; ahora que si tarjan mucho, y mientras tanto para ver a una dama en sostén hay que estar oculto tras de una puerta, en vez de una colección de hombres ligeramente castizos van a encontrar una frutería repugnante.

Y a esto no hay derecho.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)



DIPLOMACIA Y CORTESIA, por Demetrio.

—A un hombre que escribe de una manera tan exquisita no se le puede negar nada. Por si le quiero visitar en su cuarto de soltero, me ha escrito las señas en un billete de mil pesetas. Iré para decirle que no puedo ir.

Charlas de Incórdiez



Hay mujeres tan extraordinariamente hermosotas, que consiguen con un simple parpadear que no sepamos a punto fijo en qué cabeza tenemos que poner nuestro sombrero. Anteayer, y cuando con paso presuroso me dirigía a la imprenta, vi una mujer que me hizo arquear el espinazo en plena calle. ¡Qué desniveles se producían en sus caderas al caminar!... ¿Ustedes no se han fijado en lo que acontece en esa carnosa región de las señoras llenitas cuando andan despaciosas y contoneantes? Pues háganme la merced de fijar su atención si no son propensos al mordisco...

Esta señora, que digo que consiguió que me desplazase de gusto con la sola



—Estoy en un



DE MONOS, por Herr.

EL.—Vamos, tontina; no te enfades y salgamos al jardín.

ELLA.—¿Que te crees tú esol ¡En mi jardín se han secado ya los frutales para tí!

contemplación de su arrogante cuerpo, apenas cubierto y más bien ceñido con un trajecito de seda cruda que debía ir cocida, no os la quiero describir con todo lujo de detalles, por no obligaros a claudicaciones de la época del bachillerato. Nada más que una parte de lo que observé, bizca la mirada y aleteante la nariz y reseco el labio, será lo que os relate para que veáis a qué duras pruebas me somete el destino.

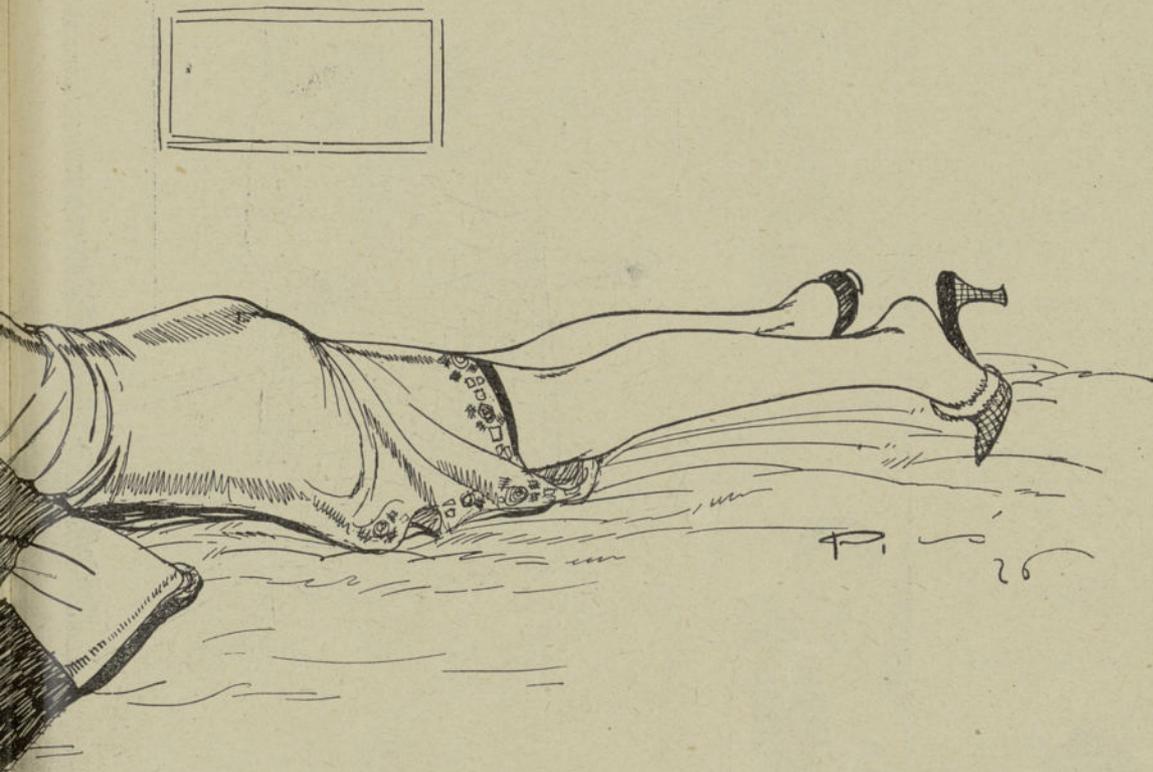
La hermosa y perfumada mujer se acercó a un quiosco de periódicos, en donde compró una revista, y después, extendiendo su brazo desnudo, detuvo con el gesto a uno de los ochocientos taxis que cruzaban la plazoleta en todas direcciones. El taxi detenido era de los de cero cuarenta, o sea una media fanega con ruedas.

Cuando pensé en que la arrogante mujer tenía que instalarse en tan bajo asiento con aquella tan ceñida y avergonzada falda, y que yo lo iba a presenciar sin pagar entrada, sentí que se me nublaba la vista y que se me nublaban, con vistas al chaparrón, otras cosas; sentí..., sentí no estar en el más apartado rincón de la tierra, en donde nadie me pudiera decir: "¿Qué hace usted, so cochino?" Y si todo ese tropel de sensaciones pasaron raudas en lo que la estupenda se disponía a entrar en el artefacto, poniendo al descubierto su pierna hasta la nuca, no me da la gana de contarles lo que pasó por mi chamuscada mente cuando la tía magnífica se sentó en el bajísimo asiento, que fue como sentarse en el suelo. Figúrense el tropical panorama que se ofreció a mis gafas, que yo creí ahumadas, a juzgar, por cómo veía las cosas; pero no, no estaba el humo en mis gafas. Yo era una clueca; yo no recuerdo por dónde se me quedaron a mí las manos al ver por dónde se le quedaba a ella la falda. Cuando el auto se alejó con su preciosa carga, quedé yo triste y también con una carga que era una hermosura. Fue una de las veces de mi accidentada vida en que más ardientemente deseé ser un lulú.

Vuestro hasta la maceración,

INCÓRDIEZ.

¡Rediez, qué almanaque



ESTADO DE ANIMO, por Picó.

mo de esos momentos en que no cambiaría de postura.

Charito en Biarritz

Ya sabéis que Charito es una de las alegrías de la calle de Alcalá. Sus ojos inmensos, sabiamente ensombrecidos; su boca encendida; sus senos temblorosos y las curvas todas deliciosísimas de su cuerpo constituyen uno de los mejores espectáculos de la calle de Alcalá. Charito iba, a la caída de la tarde, a Regina o a Maxim's, hacía fabricar un "cock-tail" complicadísimo, reía deliciosamente y charlaba más deliciosamente aún.

Charito, que era muy española, aunque le gustara afrancesarse la silueta, no quiso adoptar un nombre de guerra que sonara a cosa exótica. Es lo que ella misma decía:

—Rosario me pusieron en San Cayetano y Charito he de ser toda la vida.

Nada de Lulú, de Mimí, de Margot, de Fru-Fru...

—Charito, haces bien, hija.

Ahora Charito dejó la calle de Alcalá. Se fué a San Sebastián; alegró un poco el Kursal y la Concha, y como San Sebastián está en plan serio, se marchó a Biarritz. Y allí está perdiendo la cabeza y haciendo locuras en la gran playa.

No se ha vestido desde que llegó. Como puede salir de casa en traje de baño, Charito ha descubierto una cosa que ella llama "empalizada" y que se reduce a una red de cuatro cintas, y con eso está viviendo tan ricamente. Vamos, con eso no está viviendo, porque allí como aquí ya sabemos con lo que vive, pero la susodicha "empalizada" sí le está ayudando a vivir.

Juguetea en la arena, acude al Palais, lucha a brazo fracturado con la ruleta, entorna los ojos cuando la ruleta se le resiste, para que no se le resista el búrgués que hay enfrente, y al final la "empalizada" pasa un mal rato teniendo que sufrir desviaciones y a veces aguantar un peso machucante.

Lo único penoso de esta vida ejemplar es que Charito está adelgazando demasiado. Demasiado, a pesar de la delgadez que exige el estilo de este año. Y tiene una debilidad que pide a gritos un tónico reconstituyente o por lo menos el cambio de la "empalizada" por algo más austero.

Pero todo esto lo da por bien empleado merced al dominio que está adquiriendo en el idioma de Molière. Es lo que dice ella:

—¡Ahí es nada para una dominar dos lenguas!

que estamos preparando!

Y se pasa el día entero conjugando y declinando, con una gramática del señor Benot que compró en la calle de San Bernardo.

—¿Tiene usted mi sombrero?... Avec-vous mon chapeau?

¡Mon chapeau! ¡Con lo flamenca que ella es! Pero es de verdad que ya dice "au revoir" con un acento que la oye Poincaré y palidece de envidia.

En todas sus cartas hace alusiones a la cultura—es un decir—que está adquiriendo y siempre afirma: "Me estoy europeizando".

Y dice "europeizarse" cuando se traumatiza el tórax y deshace la "empalizada" en compañía de alguno que siempre es "l'amant du cœur".

¡También es ganas de poner motes a lo que ella decía—y hacía—tan castizamente antes de salir de su pueblo!

VENEGAS.



LOS MIRONES.—¡Guardia! ¡¡Guardia!! ¡¡Que viene un toro!!

Dib. de Herreros.



CRONICAS CAFRES

Nuestro redactor en Cafrería, Sr. Karaba, nos enviará de vez en cuando crónicas saturadas de los aromas de aquellas tierras que son feraces y son feroces; que encantan con sus bellos amaneceres y aterrorizan con las carniceras batallas entre los naturales del país en que cada cual piensa con delectación gastronómica en el solomillo de su vecino. El Sr. Karaba cultiva la verdad con pasión de iluminado y es por esto por lo que no puede convivir con la civilización. Suplicamos, por tanto, a nuestro querido público tenga la necesaria paciencia para irse acostumbrando a las rudas maneras de nuestro compañero.

CON LA MELENA EN LIBERTAD



Esta sección queda sin abrir, así como la que lleva por título: "¡Y yo en la tuya!", hasta que haya motivo justificado para comenzarlas dignamente. En estas secciones llamaremos a las cosas por sus verdaderos nombres; aquí diremos al pan, pan, y al vino, agua teñida. Pero no por eso vayan ustedes a suponer que vamos a agredir a nadie; particularmente, en "Con la melena en libertad"; en la "¡Y yo en la tuya!", no decimos que no pongamos algún litro de veneno, algún que

otro incendio y tal cual puñalada traquera, y todo esto en el caso de vernos hollados, escarnecidos o vejados. Solamente en defensa propia funcionará la sección "¡Y yo en la tuya!" ¿Enterados?

La dirección general de constructores de jaulas para grillos.

La falta de tiempo no nos ha permitido desarrollar todo nuestro juego; pero ya verán en números sucesivos.

La impaciencia, por Mihura



I —¡Por fin conseguí mi anhelado sueño!... Por fin será mía... ¡Ya verás, oh, mujer, cómo sé hacerte doblar de gozo!...



II —¡Ya verás cómo en esta habitación, por lo que he pagado ocho duros, y fuertes, las cinco horas, quedo como un hombretón y tú te admiras!...



III —Sé que tú eres ardiente cual los rescoldos de los braseros, y para quedar divinamente te he reservado mi admiración de catorce meses...



IV —¡Catorce meses privándome de las cosas más insignificantes e infantiles entre alaridos horribles, para llegar hasta ti con una fortaleza de berrendo en negro...



V —Caray, esa mujer no viene ya, y cuando no viene hoy que tenía ocasión es que ya no la vuelvo a ver el pelo, ni aunque ponga una barbería. ¡Esta mujer me ha destrozado la vida!...



VI —¡Pues ya que he pagado sacaré el jugo a la habitación! ¡Y que es una habitación que invita al atolondramiento, a la epilepsia!



(Nota del autor: Tengan la bondad de esperar un momento a que pase lo obscuro. Hay ocasiones en la vida en que no se puede uno expresar de otra manera.)



IX —Chico, perdona que me haya retrasado un poco, pero es por nuestro bien. He arreglado las cosas para estar juntos hasta mañana, a las doce. A ver cómo te portas...

Cuentos al oído

En un lugar de la Mancha...

Don Bruno, párroco de una aldea manchega, avisado a tiempo por un amigo de que el obispo, un poco receloso de su conducta, se disponía a hacerle una inopinada visita, apresuróse a enviar a Jesusa, su rolliza ama, a una casita que poseía en el campo.

Al día siguiente de haberse quedado solo, paseábase el párroco por un camino de las inmediaciones del lugarejo, cuando vió llegar, en medio de una nube de polvo, el coche de Su Ilustrísima. Corrió a afinajarse en el suelo, a besarle el anillo y a dar muestras de jubiloso pasmo ante aquella bienhadada hora que po-

nía al alcance de sus atenciones a un bondadoso y curiosillo prelado. Este, por su parte, lo alzó del polvo, le dió unas benévolas palmaditas en el hombro y le indicó sus deseos de descansar un poco en la rectoral. Llevaba varias horas de seguir aquel camino endiablado, que a él y a su paje les había hecho brincar en el coche como a dos codornices en la jaula.

El párroco les ofreció un deleitable refrigerio, durante el cual el obispo no hizo más que otear para ver si sorprendía algo sospechoso en torno suyo. Nada, sin embargo, vino a confirmar sus recelos. Todo, por el contrario, respiraba en la casa una paz, una beatitud y una austeridad loables. Sobre la mesa, en unos limpios platos, lucían apetitosas unas lonchas de jamón añejo, bien curado, y en unas copas de cristal verdoso, antiguas de forma, rojeban un vinillo digno de los más excelsos paladares. Estaba la mesa frente a una gran ventana, que daba a un huerto, donde cabeceaban unos cuantos eucaliptos y dos cipreses recortados sobre las brasas de un atardecer otoñal. El sacristán hacía de Ganimedes, es decir, escanciaba el vino con tan hondo respeto, que siempre lo vertía, pues le temblaba el habla, las pupilas y las manos.

El obispo llevó habilidosamente la conversación al terreno que le convenía. La parroquia era pobre, desde luego; pero, en cambio, la gente parecía buena. ¡Qué tranquilidad se respiraba allí! Como quizá no se respiraba en los alcázares regios, en los palacios, en las mismas moradas episcopales.

—Dichoso usted, hijo mío—concluyó—, si goza de una tranquilidad tan grande de conciencia!

—No diré que sea tan grande, Ilustrísima; sabido es que el más justo peca siete veces al día. Pero, de todos modos, bien puedo asegurar que la paz es mi pan cotidiano.

—Así ha de ser. Conviene, sin embargo, andar siempre alerta, porque el enemigo es muy diestro y astuto. ¿Vive usted solo?

El párroco bajó humildemente los ojos y contestó:

—Casi solo. Me acompaño únicamente del sacristán, y, en cuanto a los quehaceres de la casa, su mujer me libra de este cuidado.

El obispo movió los dedos de su mano sobre su vientre durante unos minutos. “¡Por aquí asoma ya la mujer!”, pensó para sus adentros. Pero como el sacristán no dejaba de vagar en torno suyo, no quiso hacer ninguna alusión a este asunto.

Resolvió, pues, pasar la noche en casa del párroco para continuar sus investigaciones. El cura le iba pareciendo una buena persona; pero, a veces, dijérase que chispeaba en sus ojuelos verdes una lucecilla de taimada socarronería, que le inquietaba bastante.

Al conocer la determinación de Su Ilustrísima, don Bruno mostró gran regocijo. Después de pasear un poco por el lugarejo, tornaron a la rectoral. La cena fué abundante y sana. El señor obispo la elogió sobremanera, y no quiso retirarse a descansar sin haber dado las gracias a una cocinera tan experta. Claro está que quería manifestarle su satisfacción; pero aún deseaba más conocer a aquella mujer que hasta entonces, casual o intencionadamente, se había hurtado a sus miradas.

La sacristana se presentó en seguida. A Su Ilustrísima casi se le ahogaron las palabras en la garganta. Erase una pizca de cara y dos pizcas de manos amarillas, perdidas en un mar de ropa negra. Tenía la cuitada los ojos en el colodrillo, la boca desdentada, torcido el espinazo y el habla tartamuda. ¿A quién podría tentar aquel vestigio?

En cuanto la sacristana se marchó, el obispo, de tan satisfecho como estaba, no pudo dejar de confesar a don Bruno la verdadera causa de su visita. El párroco se hizo de nuevas y se deshizo en pasos contra tal calumnia.

—En fin—concluyó—, tengamos paciencia. También calumniaron a Jesucristo.

—No hay que preocuparse, hijo mío. Durmamos, y sea lo que Dios quiera, porque Dios quiere siempre nuestro bien.

En la rectoral no había más que una cama de matrimonio. Don Bruno dijo hipócritamente que la conservaba por ser recuerdo de sus padres. En ella podría dormir Su Ilustrísima. El paje se aco-



UNA BOBA, por Bellón.

—¡Cómo te acaricia y te lame el perrito cuando vienes de la calle! Sobre todo, cuando vienes del cine, como ahora.

Biblioteca Regional de Madrid

modaría en un sofá, y en cuanto a él, ya descansaría en cualquier sitio: en una silla, por ejemplo... Afortunadamente tenía los huesos duros. El prelado se opuso a ello. ¡No faltaba más! Puesto que la cama era tan ancha, en ella se acostarían el párroco y él. Era lo mejor.

Hubo, pues, que obedecerlo. El obispo se durmió al poco tiempo con la beatitud de un justo. Don Bruno, en cambio, estaba desvelado. La alegría de haber burlado a Su Ilustrísima le mantuvo despierto al principio. Sentía vivos deseos de echar los pies por alto, de palmoear y de canturrear para celebrar su triunfo. Luego recordó a su ama. Y por su imaginación corrió, multiplicándose, la figura de Jesusa en adorables actitudes. Al fin lo venció el sueño. Pronto dos roncidos, uno gutural y otro feble, entonaron un dúo eclesiástico en las tinieblas.

Pasaron las horas. De súbito despertó el obispo. En puerta de la casa sonaron estrepitosos tres, cuatro, cinco aldabonazos. ¿Quién sería?... El cura, adormilado, restregó los ojos, se desperezó, bostezó... Sonó un sexto aldabonazo aun más horrisono que los anteriores... Entonces don Bruno—¡maldita fuerza de la costumbre!—arremetió a codazos contra el obispo, y le gritó:

—¡Jesusa!... ¡Jesusa!... ¡Hala!... ¡Que llama el panadero!...

JOSÉ A. LUENGO

De todo un poco

Actualidad frívola

El *cabaret* triunfa, aunque el *cabaret* madrileño es la antítesis de lo que pretende ser.

Nada más contrario a la diversión que uno de estos recreos frívolos. La gente bosteza a tono con el *jazz-band* y baila con la seriedad de un ciprés a los acordes del tango melancólico. Se aburren aristocráticamente entre la ficción de un ambiente de alegría y se figuran formalmente que se divierten de lo lindo...

Claro es que, de vez en vez, surge en el marco diminuto del escenario o en el estrecho pasadizo de la pista alguna figura femenina capaz de alegrar la existencia a un desahuciado. Entonces el corazón late a todo evento, el ánimo se levanta y el regocijo inunda el ambiente sin eufemismos...

¿Han visto ustedes a Emilia Práxedes en el Pelican? ¿No? Pues créame sinceramente que han cometido una gran tontería. Emilia es algo *serio*, como para *alegrar* el pericardio a un abúlico. Si a eso unen ustedes que Carmencita Vargas es una bailarina que está como para perseguirla a tiros en *maillot* por los pasillos, está dicho todo... Todo lo que nos es permitido decir de esta pareja...



ELLA.—Oye, Titín, ¿cuál es la *poça* de un barco?
EL.—No estoy bien enterado, pero debe ser con lo que se sienta.

Dib. de Herreros.

También en el Ideal Room hay señoras como para que le sujeten a uno la cabeza entre varias amigas. Por ejemplo: Rosaleda tiene la exclusiva de la línea. Es una línea como para recorrerla en primera durante un año.

Carmen Montañón y Maruja Fontalba hacen el coro a Rosaleda, y no nos negarán ustedes que es un coro como para una inauguración de temporada...

A Preciosilla se la anuncia en el cartel como la emperadora de las frivolidades. Nada tenemos que objetar. Cerrando los ojos, ningún trabajo nos cuesta creernos transportados a la antigua Roma. Nerón que resucitase, la saludaría sin vacilación. ¡Ave, César, emperadora!

En Eldorado actúan Emilia Pastrana, deliciosa, hermosa y sabrosa... ¡no se nos ocurre otra cosa!; Remi Elsa, que está como para que le pongan barrotos al escenario si se quiere evitar un día un suceso por atentado personal, y Robert's, bailarín de salón.

Como fin de fiesta ha actuado el imitador de estrellas Manolo Rodrigo...
Biblioteca Regional de Madrid

los ditirambos, porque a Manolo Rodrigo, ¿qué le digo?, ¿qué le digo?...

En breve, este teatro tomará un rumbo distinto. La nueva Empresa, de la que es representante el acreditado don Felipe (aquí cae muy bien el adjetivo), se propone hacer de Eldorado el palacio de las frivolidades.

La transformación dará comienzo con el estreno de dos obras afables y lige-



Esta será una sección regular de divertida.

ras, cuya música lleva el sello inconfundible de los maestros Bertrán Reyna y Torcal.

Romea ha inaugurado su nueva temporada, y no con la fortuna que era de esperar. La nueva y bombeada estrella Rosita Torregrosa ha sido un lamentable fracaso (más lamentable por la carencia de estrellas). ¿Falta de arte?... No pasamos a creerlo. Más bien opinamos que desorientación por culpa de sus mentores artísticos y desprecio al género creyéndole un arte menor.

Del resto del programa se destacan la lindísima Nieves Campos, la no menos lindísima Teresita Andrés, la excelente artista Rosario la Cordobesa, el gracioso humorista Gedeón y la pareja Tito-Gallo.

En el puesto de la Torregrosa se presentó Custodia Romero, La Venus de Bronce. De ella sólo diremos que una Venus de su talla es la que nos está haciendo falta junto a la mesa de redacción a la hora en que acostumbramos a no recibir visitas...

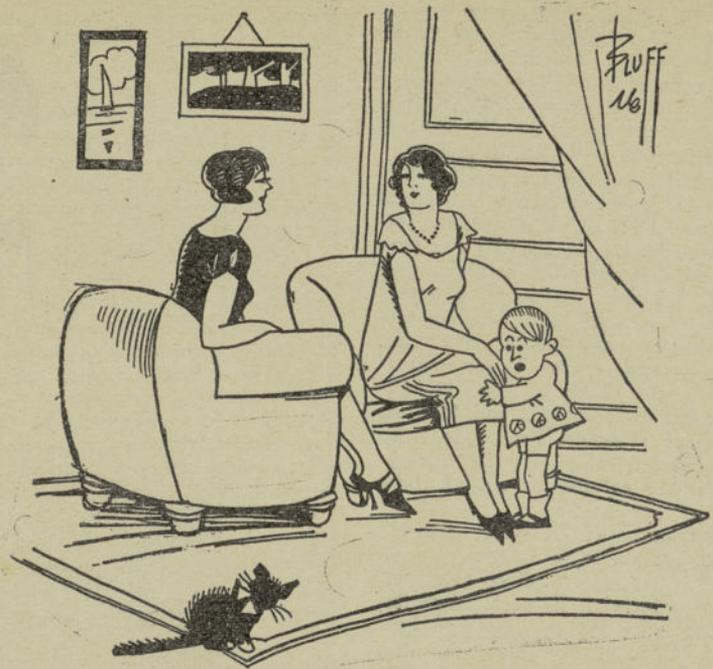
Notas del balón

Se inauguró la temporada balompédica con un bombeado encuentro a beneficio de la Asociación de la Prensa, entre el campeón madrileño Real Madrid F. C. y el Real Sevilla F. C.

El partido, a pesar de las sendas copas ofrecidas por la Asociación, no se les subió a los *equipiers* a la cabeza para obligarles a hacer filigranas, y los dos bandos, a pesar de ser *dos reales* bandos, hicieron un juego que no llegó a valer las cinco anchas de sus titulares.



Lo que el dibujante Herr cree que era un primer premio de máscaras a pie en la Edad de Piedra.



—Como ves, es un niño precioso. Tiene los ojos de su abuela; las manos, como yo... Al que no ha sacado nada, nada parecido ha sido a su padre.

—¿No? ¡Pobre criatura!

Dib. de Bluff.

El balón de oro que la Asociación destina para el mejor jugador, parece que va a ser adjudicado a Quesada, por su magnífica defensa. Esta nos recuerda aquella otra desdichadísima del partido de campeonato Madrid-Gimnástica, y sólo nos sugiere un comentario: ¡Lo que va de ayer a hoy!

El segundo partido entre estos dos equipos se celebró el pasado sábado para dos docenas de espectadores. ¿Para qué más? El Sevilla se desquitó de su anterior derrota, venciendo a su enemigo por 4 a 1.

No creemos que esta victoria les haya envejecido mucho. Sus rivales les dieron tan poca importancia, que les enfrentaron una línea delantera de saldo. ¡Para quien es padre, buena es madre!, se habrá dicho el Madrid.

Lo que no sabemos es lo que se habrá dicho el público pagano.

El domingo dió comienzo el campeonato regional con uno de los cuarenta partidos que durante la temporada ha de soportar (si puede) el paciente aficionado.

Contendieron el Racing y La Unión, y se dió el estupefaciente caso de que el Club colista, que en la pasada temporada no logró una victoria, zurrase a los chamberileros por 2 a 1.

El caso es inaudito. ¿Se apuestan ustedes a que concluye el campeonato siendo campeón el "once" de Pardiñas? ¡Todo podía ser!... Todo menos que el público pagano crea en el "amateurismo" de algunos Clubs y en la eficacia de algunos *equipiers* bombeados a golpes de taza.

Porque a lo mejor, donde menos se piensa salta una Unión Sporting...



—¡Es un fastidio! A cada visita que recibo tengo que repintarme los labios.

Dib. de Gallardo.

Historietas para el te

Fuera de cuenta

Se tiene la desgracia de nacer incendiario, herpético, concejal, verdugo, etcétera, y todo ello puede considerarse como un mal menor; pero se nace para huésped, y eso ya se escapa del martirologio para entrar en un apartado de desgracia y heroicidad único en el planeta.

Porque esto de nacer con el estigma indeleble de vivir como huésped—y más como huésped barato—, sobre todo si el usufructuario no siente anidar en sus entrañas un Sahara poblado de fieras mayores (mayores que la patrona), es algo más espeluznante que los pateos dados a las obras que se van estrenan-

do esta temporada con honores de monumentos comediógrafos.

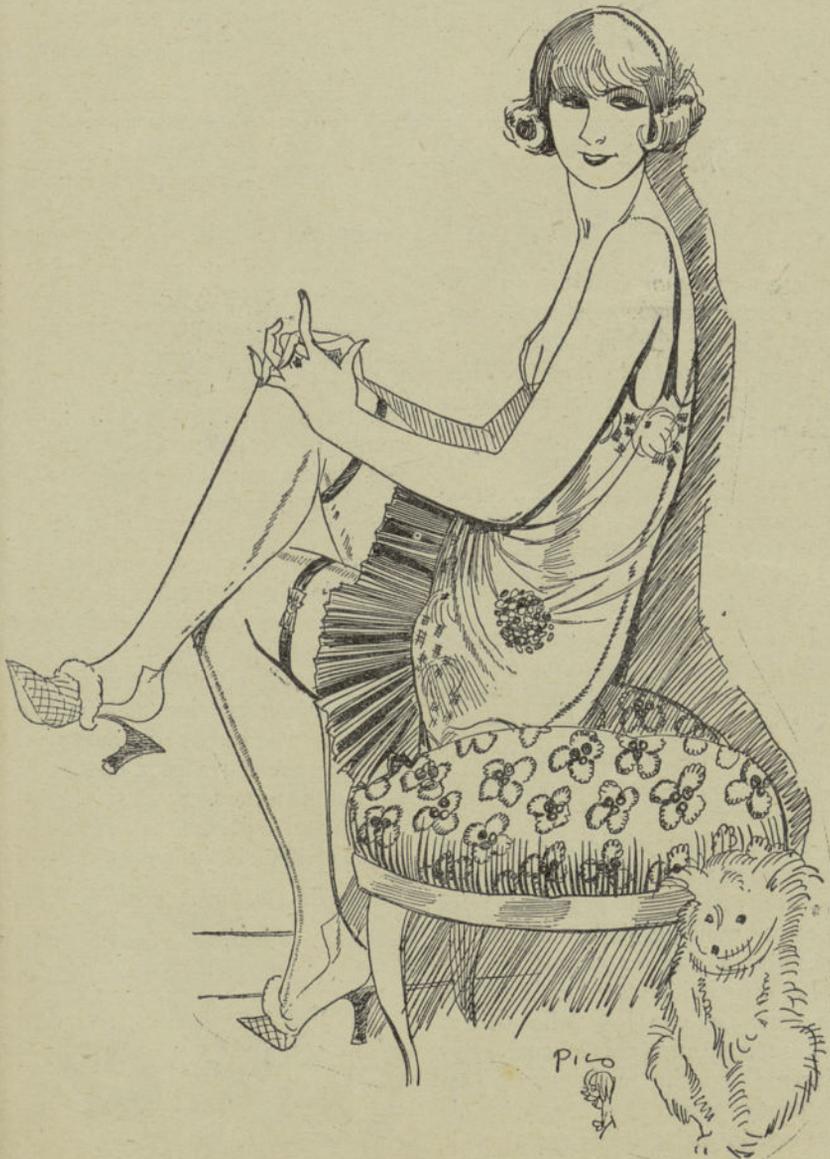
De esta horrrisona desgracia participaba Primitivo Primo, excelente vecino de Ronda y no menos excelente estudiante de Derecho, que vino derecho a Madrid a sepultar su buen humor por siete pesetas con principio en casa de la pupilera doña Bárbara Fuertes, viuda de Veras.

Al principio, Primitivo encontró el principio y los entremeses de su patrona relativamente estimables; pero no bien pasó la primera quincena, el suplicio del Sr. Tántalo resultó una peregrinación monástica al lado de tanta tiranía.

Doña Bárbara era una patrona que hacía honor a su nombre bautismal. En cualquier terreno se manifestaba violenta y tirana con el pobre Primitivo, y éste se veía a dos yardas de medir de un salto la altura del Viaducto, caso

de no poder soportar con mansedumbre la dictadura hosteril.

Sobre todas las cosas, había una que traía a Primitivo de coronilla, y era ésta: la ambición desmedida de aquel Atila con enaguas. El ajuste de siete pesetas diarias con principio era un mito elevado al cubo con una trócola, pues por menos de un "quitame allá ese roto" o "ponme acá un botón", el plus



PRORRATEO, por Picó.

—Si yo me casara con tres hombres a un tiempo engañaría a mis maridos en una prudente proporción. ¡Pero si me caso con **Biblioteca Regional de Madrid**



—Lo que usted me propone es impropio de un caballero. Sepa usted que está hablando con una señorita.

—Ya, ya. Por eso lo hago. Cree usted que a su papá no se me hubiera ocurrido proponerle lo mismo.

valía a pagar de sobreprecio valía el doble del plus de ajuste.

Y eran inútiles cuantas protestas hacía el pobre estudiante. En cuanto abría la boca para iniciar el debate, la pupilera le replicaba con gesto olímpico:

—No se canse usted, don Primitivo. Eso no entra en el precio del hospedaje; es un trabajo extraordinario y está fuera de cuenta.

El pobre Primitivo se hubiese pegado un cañazo, de no haber encontrado un consuelo a sus penas, y este consuelo era Consuelo, la hija de la pupilera.

Hagamos constar por delante (y por detrás, si es preciso) que la tal Consuelo no era su ídem por altruismo puro, sino mitad y mitad. Víctima del genio insufrible de su madre, su natural bondadoso necesitaba a su vez de un mutuo consuelo, y en Primitivo encontró el consolador que necesitaba.

Por ello, y en mutua reciprocidad, ambos procuraban sobrellevar con paciencia las flaquezas de doña Bárbara, que eran unas flaquezas de gordo de Navidad.

Y ésta y no otra era la razón por la cual Primitivo no estallaba todas las quincenas cuando, al pagar el exceso de la factura, doña Bárbara le decía:

—No se canse usted, don Primitivo. Eso no entra en el precio del hospedaje; es un trabajo extraordinario, y esto ¡está fuera de cuenta!...

Pero aquel mutuo afán de consolarse en sus aficciones tenía que traer un día un mutuo desconsuelo, y lo trajo. La hija de la pupilera empezó a perder el apetito, a perder la línea y a perder el tipo, pensando en que hay cosas que no pueden quedar así, porque se hinchan. Y dió comienzo la estrategia de salir poco del cuarto, añadir ballenas al corsé, arquear en sentido inverso ciertas prominencias para evitar el destaque de otras; pero todo en vano. La pupilera, que tenía buena pupila, notó al fin el desequilibrio geométrico de cierta curva que de ligeramente graciosa se convirtió rabiosamente en circunferencial, y allí fué el Guadalete...

Con un garrote capaz de dar sombra

a las pirámides de Egipto, en una mano, y la melena *garçoniana* de su hija, en la otra, inquirió el nombre del alterador geométrico, y la pobre Consuelo, ante el temor de verse con la asignatura hecha un quebrado por una recta (la de la estaca), cantó de plano el patronímico del seductor.

Y doña Bárbara, sin soltar el garrote (que aumentó de volumen con la indignación), se personó en el cuarto del profesor - estudiante, interpellándole de aqueste modo:

—¡Es usted un villano! Eso que ha hecho usted con mi hija, que no tiene nombre, es como si me lo hubiese usted hecho a mí, y me lo va usted a pagar ahora mismo.

Pero Primitivo, con una serenidad que hubiera infundido palidez a la estatua del Cid, exclamó:

—¡No se canse usted, doña Bárbara! Eso no entra en el precio del hospedaje; es un trabajo extraordinario, y eso... ¡¡Eso está... fuera de cuenta!!



PIROPO, por Bellón.

—¡Con "usté" llegaba yo al segundo tomo sin poder leer!

FIDEL PRADO.

Grafología moderna

Porque nos da la gana y porque nos sale de las células capilares vamos a inaugurar ya mismo una sección grafológica que tenemos una póliza aseguradora de que va a bambolear las "tetes".

Contestaremos en ella (en la sección) a todos los que nos plazca, pues para eso somos librepensadores, y no admitiremos controversias

en nuestros diagnósticos grafológicos porque el que se atreva a controvertirlos se expone a que el nuevo diagnóstico se lo haga el cirujano de guardia de la policlínica más cercana al lugar de la bronca.

Excusamos advertir que daremos toda nuestra preferencia a las damas en estado de merecerla, y si les parece poco la preferencia les daremos la delantera o un palco con sendas cortinillas.

Para más eficacia en nuestras contestaciones, consultaremos los textos y las testas más acreditadas en la materia, advirtiendo que nuestro criterio nos impide consultar el texto único, porque para únicos, nosotros.

Advertimos también que no contestaremos a consultas cuyos rasgos de escritura sean grandes, pues nuestra minuciosidad nos impide contestar a grandes rasgos.

La especialidad de "maison" ha de consistir en el estudio de las malas escrituras, por lo cual estudiaremos un sin fin de novelas seriamente bombeadas, seguros de que por lo mal escritas entrarán de lleno en el sanatorio de nuestra especialidad.

Seremos benévolo con las faltas gramaticales, sobre todo tratándose de la Biblioteca Regional de Madrid

se de damas—, pues nos hacemos el cargo de lo que significan ciertas faltas que en ellas son, a veces, imposibles de evitar.

Los escritos cuyos caracteres caligráficos no nos permitan dar una respuesta satisfactoria de la capacidad mental del interesado, los contestaremos en camelo para mayor comprensión del usufructuario, o nos limitaremos a llamarle pollino si así nos cuadra.

Hechas estas aclaraciones preliminares y aunque somos poco espléndidos les invitamos a que nos consulten en materia grafológica, seguros de que nuestras opiniones tendrán más claridad que un programa de agrupación política, pues nosotros no hemos de andar con política para dar a cada cual el juicio que nos merezca.

Conque, señores, a escribir y hasta el día del juicio.

El Doctor Voronoff chico.



EL.—Estos dibujantes estilizadores son terribles. Por ahorrarse de pintarnos las manos nos van a tomar por dos sinvergüenzas, Lupita.

Dib. de Veyón.



En esta sección haremos lo posible por justificar el título.



ALBUM DE BELLEZA.— Fotografía cinematográfica

-18



OBSERVACIÓN, por Picó.

—El momento de ponernos las ligas es el momento en que las mujeres somos más femeninas, más hembras. Es el momento en que cualquier hombre nos parece nuestro dueño y señor. Lo pongo en conocimiento de los lectores de COSQUILLAS para que procuren estar cerca de las mujeres cuando éstas se pongan las ligas.